

UNA NUEVA OBRA DE BAUTISTA CELMA EN MIRANDA DE EBRO (BURGOS)

Juan Bautista Celma, uno de los artistas mejor dotados entre los que trabajan en Galicia durante las últimas décadas del siglo XVI, era hasta hace muy poco tiempo un escultor prácticamente ignorado, recordado tan sólo por su intervención en la realización de los púlpitos de la Catedral de Santiago (1).

A pesar de la perfección técnica de este conjunto, en el que a la peculiar concepción escultórica de Celma se aúnan modelos de la custodia hecha para la catedral de Santiago por Antonio de Arfe y visiones pictóricas relacionadas con el arte de Rafael (2), muy poco nos revelan los púlpitos compostelanos del peculiar estilo de Celma, que es preciso rastrear a través del resto de su producción escultórica conservada, desgraciadamente muy escasa y de desigual valor. A tal efecto, es de importancia capital el hallazgo de un retablo realizado por el artista aragonés para la iglesia de San Esteban de Orón (Miranda de Ebro, Burgos), y que le fue encargado por el canónigo, dignidad de Cardenal, D. Juan Martínez Ternero, quien, natural de la villa de Orón, pasó buena parte de su vida al servicio de la catedral de Santiago (3).

El retablo de Orón permite entroncar estilísticamente a Bautista Celma con el foco burgalés-riojano derivado de Pedro López de Gámiz y, lo que es más importante, adscribirle a su gubia algunas obras dispersas en diversos puntos de aquella comarca, como la que es objeto del presente trabajo.

Por gentileza de D.^a Francisca de Jáuregui y Gil-Delgado, descendiente de los Condes de Berberana, me ha sido posible conocer una talla de Cristo

(1) GALLEGO DE MIGUEL, A.: El arte del hierro en Galicia. Madrid 1963, páginas 120 a 129.

(2) VILA JATO, M.^a D.: La escultura manierista en Galicia. Resumen de Tesis Doctoral. Santiago 1978.

(3) Idem: El retablo de San Esteban de Orón (Burgos) y el estilo de Bautista Celma. Boletín de la Institución Fernán González, n.º 189. Burgos 1978. 199-207.

conservada hasta hace poco tiempo en el palacio de dichos condes en Miranda de Ebro y que, pese a no estar documentada, me parece obra indudable de Bautista Celma. Corrobora tal afirmación el hecho de que los condes de Berberana fueron en tiempos patronos de una capilla en la iglesia de Orón, así como la leyenda que indica que el Cristo que nos ocupa fue traído por un rentero de los condes oriundo del citado pueblo (4).

Pero, además de todas estas coincidencias, es el estilo, el tratamiento técnico de la imagen, sobre todo al compararla con la del Cristo del retablo antes mencionado, la que permite afirmar que nos hallamos ante una nueva obra del escultor aragonés, realizada probablemente durante los años en que Bautista Celma se trasladó a San Esteban de Orón para ejecutar el encargo del Cardenal Ternerero, entre 1580 y 1587 (5).

Se trata de una escultura de pequeño tamaño (Lám. I), unos 90 cms., lo que indica que fue destinada a una capilla u oratorio de proporciones reducidas. Iconográficamente, se representa bajo la advocación del Cristo de la Vega, ya que tiene su brazo derecho desclavado y los dedos de la mano abiertos, como para posarse sobre un libro. La cabeza (lógicamente es un Cristo vivo) se dirige hacia este mismo lado, como para corroborar el juramento. Es preciso recordar que la leyenda que da origen a esta iconografía, y que fue recogida por Zorrilla en su obra «A buen juez, mejor testigo», se sitúa durante el reinado de Felipe II: Una joven toledana, Inés de Vargas, fue primero seducida y más tarde abandonada por el caballero Diego Martínez, quien cuando fue requerido por Inés para que cumpliera la palabra de casamiento, negó haberle hecho nunca semejante promesa. Ante la justicia no pudo dar el nombre de ningún testigo que corroborara lo que decía; solamente pudo asegurar que la promesa le había sido hecha a los pies del Cristo de la Vega, y el juez admitió que ningún testigo mejor. Y Cristo atestiguó colocando la mano, que se desclavó de la cruz, sobre los evangelios.

La imagen se halla en un excelente estado de conservación, con la policromía primitiva visible sobre todo en la cabeza, que tiene la corona de espinas tallada en un mismo bloque. El estudio anatómico es correcto, aunque quizá se advierte una excesiva hinchazón de las masas pectorales, con minuciosa pormenorización de músculos y tendones, que por otra parte trata de aludir al esfuerzo realizado por Cristo. El paño de pureza es amplio,

(4) Agradezco vivamente a doña Francisca de Jáuregui la noticia sobre la existencia de esta obra, así como las facilidades que me brindó para su estudio.

(5) PÉREZ COSTANTI, P.: Diccionario de artistas que florecieron en Galicia durante los siglos XVI y XVII. Santiago 1930. 124.

Lám. I.—Cristo procedente de San Esteban de Orón → (Burgos).



Lám. II.—Detalle del Cristo



sobrio de pliegues y anudado por cinta de tela según repite Celma en alguna otra imagen.

La comparación con el Cristo del Calvario del retablo de San Esteban de Orón, permite verificar todas estas características: La cabeza se inclina hacia el lado derecho, si bien en la imagen que nos ocupa este giro se hace más acusado y violento, sin duda fruto de la peculiar iconografía. El pelo se trata en grandes bucles rizados, cayendo sobre la espalda y en dos mechones simétricos a ambos lados de la cabeza; el mismo tratamiento presenta la barba, rematada en dos mechones recurvados. (Lám. 2).

El carácter pletórico e incluso heroizado del torso se repite en ambas figuras, señalándose más el volumen anatómico en el Cristo de la colección particular. Pero es en el tratamiento de las telas donde puede rastrearse una mayor aproximación entre ambas imágenes: sujeto en las dos por una cinta, el paño de pureza se quiebra en contrastados pliegues, surgiendo amplios ritmos diagonales, más sencillos en el Cristo de la Vega.

M.^a DOLORES VILA JATO

Universidad de Santiago de Compostela